

enero 1925  
O.C  
Gruox



## Aspectos de París

**B**E estado leyendo aquí, en este París, de mi destierro, tendido en la cama de este cuarto de hotel, de esta jaula, el «Diario de viaje de un filósofo», del Conde Hermann Keyserling. Su prosa alemana me ayudaba alguna vez a sacudir cierta modorra. Leía lo que ese caballero báltico nos cuenta de la India y de China y del Japón y del Pacífico y de los Estados Unidos y me dejaba brizar por sus impresiones.

Dice Keyserling que un vapor iguala y banaliza a los que conviven en él durante el largo viaje. No fué muy largo el que hice desde Las Palmas de la Gran Canaria a Cherburgo en un vapor holandés, pero no me olvidaré fácilmente de aquellos mortales días, del hastío de la navegación. No hubo tiempo de que nos igualara y banalizara a los pasajeros, más por mi parte sentíame allí mucho más confinado, mucho más preso que en la isla de Fuerteventura, más que en un islote.

«Entre Noé, el león y la oveja, al cabo del diluvio, ¿habría alguna diferencia?» He aquí lo que se pregunta Keyserling. «Dime con quién andas y te diré quién eres» — dice el refrán. — A lo que un amigo mío argüía que debería decirse: «Dime con quién comes y te diré quién eres». Sosteniendo que es la igualdad de dicha culinaria lo que asimila unos hombres — o mujeres — a otros». Si marido y mujer al cabo de unos años de convivencia acaban, como se dice, por parecerse físicamente — me decía — débese a que comen poco más o menos las mismas cosas, a que están sometidos a la misma cocina. La cocina, según mi amigo, es el gran unificador de los pueblos. Y sostiene que más que una lengua lo que hace falta es un puchero nacional. El garbanzo ha contribuido más que Cervantes a la unificación de España.

Por mí no estoy muy lejos de ser de la misma opinión que mi amigo. Y creo que lo que en el vapor holandés que nos llevó de Las Palmas a Cherburgo — venía de Buenos Aires — más nos iban igualando y banalizando a los pasajeros, igualándonos en un común hastío, era la cocina de a bordo, una cocina de perfumería y de conserva, de cosa muerta, de horrible leche condensada y carne congelada.

Mas volviendo a lo que del Arca de Noé dice Keyserling, ¿es que los animales en ella andaban sueltos y mezclados unos con otros o cada uno en su jaula como están aquí las fieras en el Jardín de Plantas? ¿Era el Arca de Noé un convento o era una cárcel celular? Luego Keyserling, llevado no se ve bien por qué curso de asociación de ideas, pasa a hablar de París, de este París donde he estado leyéndole. ¿Es esto un Arca de Noé? ¿Es un jardín de Plantas y animales racionales? ¿Es una cárcel celular?

Miguel de

Arca de Noé... Aquí se ve entre los blancos,

gran cantidad de negros y de amarillos de todas clases, senegaleses, guadalupes, chinos, anamitas, japoneses... Y no pocas parejas mixtas. Con lo que el proceso de igualación y banalización sigue adelante.

Hablando Keyserling de esta convivencia babilónica, de esta mezcla de gentes las más diversas, dice que París eleva a cada espíritu a que le es congenial, a cada espíritu con el que París congenia. ¿Y a aquel que no congenia? Y es el viejo y siempre nuevo problema de la influencia de las grandes ciudades en la formación de los espíritus.

### I I I

Una gran ciudad como París, tiene, sin duda, una acción en elevar un cierto nivel medio, en la formación de la que M. Herriot, el actual presidente del Consejo de ministros, ha llamado el francés medio, el francés de término medio, pero, ¿no ahogará o rebajará la verdadera genialidad? ¿Se concibe un Napoleón «el grande» nacido y criado en París?

En una gran ciudad como esta, se corre el riesgo de pensar con los pensamientos de los demás, y ni aun esto, porque los pensamientos comunes no son tales pensamientos, no son más que ideas. El pensamiento es algo líquido, flúido, corriente, dinámico, mientras que la idea es algo sólido, petrificado, estático, estático. Los hombres de ideas son los que menos piensan; sus ideas, que no son suyas sino de todo el mundo — es decir, de nadie — que lugares comunes, les ahorran el tener que pensar. Y por eso no me gusta discutir con un hombre de ideas. Un hombre de ideas es un hombre que no piensa. Cuando me preguntan: «¿qué ideas tiene usted?» suele darme ganas de contestar: «no tengo ideas, pienso», pero no lo hago porque el que así suele preguntarme, que es a su vez un hombre de ideas, es decir, un hombre que no piensa, no me entendería. En estas grandes ciudades, en estas ciudades millonarias — de millones de habitantes — es donde más florece el lugar común. Y no digo que fructifica, porque los lugares comunes no dan frutos. En ninguna otra parte tienen más valor las frases hechas. Y la prensa suele ser el criadero de esos lugares comunes.

¿Se habrá visto nada más banal, nada más igualitario y nivelador de la inteligencia, nada de más lugar común y más frase hecha que la prensa parisiense? Es una terrible cocina. Los platos que sirve, los «dais divers», las gacetillas, son cosa para reducir a todo el mundo a la mentalidad de los porteros. Y los porteros son una institución. De cuando en cuando agita la gran charla alguien que viene de provincias, un espíritu campesino o aldeano, pero muy pronto congenia con el ámbito o tiene que aislarse en él, tiene que formarse su celda de ermitaño en medio de la terrible muchedumbre ciudadana. Y sueña en la montaña a cuyo pie se crió, en la mar, a cuyo borde se mecieron sus primeros ensueños.

Unamuno.

